



*Las aventuras de*

**El Genio Proscenio**

# **El Camino de Santiago**



MERCÉ VIANA

DYLAR

8



La idea nació un domingo de primavera después de comer, en los postres.

La familia de Víctor y Lucía, Suni y Juan, se había ido de excursión con los padres de Pedrito, Amelia y Pedro, y su hermana Eva, un par de años mayor que los chicos.

Amelia y Pedro habían comprado una autocaravana y quisieron compartir el estreno con sus amigos.

—Como Pedro la recogerá el jueves, queremos estrenarla el domingo y habíamos pensado que os vinierais con nosotros —le dijo Amelia a Suni.

—¿De verdad? ¡Será estupendo!  
—contestó ésta— Y, ¿dónde habéis pensado que vayamos?

—Bueno, como será el primer día, Pedro no se atreve a hacer muchos kilómetros... Si os parece bien, al nacimiento del río Cuervo...

—¿Cómo no nos va a parecer bien, Amelia? Además, Víctor y Lucía no lo conocen.

—Ni yo tampoco, hija. Ya ves  
—contestó Amelia.

—Prepararé unas tortillas para la comida y Juan que haga una de sus ensaladas, que le salen muy ricas.

—Como quieras, yo pensaba hacer pisto con embutido. No sabes cuánto les gusta a Eva y a Pedrito —dijo la amiga.

Víctor y Lucía recibieron la noticia con gran alegría. Pedrito les andaba dando la lata con la autocaravana desde que sus padres habían decidido comprarla y, de eso, habían pasado

tres meses. Siempre llevaba encima una fotografía que había recortado de la revista de publicidad y, a la menor ocasión, la sacaba y comenzaba, bla, bla bla, a describirla con pelos y señales.

A la tercera vez que Pedrito se la enseñó a Lucía, ésta lo mandó a hacer gárgaras. Sin embargo, a Víctor le gustaba verla y, en el fondo y sin que nadie lo supiera, soñaba con que algún día sus padres imitasen a sus amigos. Por eso, el jueves que Pedro, padre de su amigo, entró al pueblo con aquel supervehículo, le pareció enorme, precioso, lujoso, el no va a más y, cuando subió con su amigo a dar una vuelta, pensó que se había convertido en una especie de caracol de lujo dentro de su mansión.

El domingo salieron pronto de casa, querían aprovechar bien el día. Cuando Lucía y sus padres vieron el interior de la autocaravana, se quedaron boquiabiertos.

—¡Pero si tiene de todo! —exclamó Suni.

—Es muy completa —dijo Juan—. Con esto podréis viajar por toda Europa.

—Bueno, bueno, tampoco exageres —apuntó Amelia— que la gasolina no la regalan.

—No le hagas caso —intervino Pedro—, si por ella fuera no saldríamos de casa...

Como Pedro trabajaba para una empresa de reparto, estaba acostumbrado a conducir furgonetas y no le costó nada adaptarse al manejo de su nuevo vehículo.

Después de un par de horas por carretera, llegaron a su objetivo. Aparcaron, se comieron un bocadillo y, al acabar, se encaminaron a conocer el paisaje. Cuando vieron las cascadas por donde se despeñaba el agua, exclamaron:

—¡Qué pasada!

—¡Es increíble!

—¡Precioso!

—No es extraño que lo hayan declarado Monumento Natural, ¿verdad?

A través del agua, los visitantes admiraron las enormes estalactitas recubiertas de musgo. Vieron algunas grutas y descubrieron las famosas flores características de la zona, muy parecidas a las orquídeas. Luego, continuaron su paseo entre los tilos, avellanos y los arces negros.

Todos, excepto Eva, parecían disfrutar de lo lindo.

—¿Qué le pasa a la niña? —preguntó discretamente Suni a su amiga— No ha abierto la boca en todo el viaje.

—Ni caso —le contestó Amelia—, no sabes la que me montó cuando le hablé de la excursión. No quería venir. Me dijo que le chafábamos el plan, ¿qué te parece?

—Mujer... igual había quedado ya con las amigas... —comentó Suni.

En el fondo, Eva también se lo estaba pasando bien pero no quería dar su brazo a torcer. Esa tarde había quedado con sus amigas en ir al cine y no le había gustado que sus padres tomaran una decisión sin contar con ella.

—¿Es que no te das cuenta de que ya no soy una niña? —le había dicho a su madre unos días antes.

Eva estaba estudiando secundaria. Era una muchacha más bien alta y delgada. De su rostro blanco destacaban dos ojos verdes preciosos y ella lo sabía. Los cabellos de color castaño claro le caían lacios sobre sus hombros. Siempre vestía tejanos y camisetas de sport y, aunque no iba mal en los estudios, prefería el deporte y escuchar música a estudiar matemáticas o lenguaje.

Suni la cogió por los hombros mientras le señalaba una mariposa de colores muy llamativos que se había posado sobre un arbusto. La niña sonrió agradeciéndole el gesto.

Sin embargo, de lo que nadie o quizás casi nadie se dio cuenta fue de las miradas de reojo que, de vez en cuando, le lanzaba Víctor.

Después de la comida, mientras tomaban un flan de almendra riquísimo que había preparado Amelia, comentaron:

—La verdad es que este invento es una gozada —dijo Suni—. Hoy porque somos muchos pero cuando viajéis los cuatro, ni restaurantes vais a necesitar con la cocina que tenéis.

—¿Y por qué no compramos nosotros otra, mamá? —preguntó Víctor, aprovechando la coyuntura.

—Porque no podemos, hijo. Bastante hemos hecho con cambiarnos el coche este año.

—¿Y no lo podéis vender para comprar la autocaravana? —volvió a preguntar.

—No, Víctor, que las cosas no son tan fáciles —le contestó el padre.



—El niño calló a regañadientes y, poco después, preguntó Amelia:

—¿Qué vais a hacer este verano?

—Supongo que lo de siempre: ir a la piscina, descansar, darle a la bicicleta, alguna excursión... —contestó Suni.

—Bueno, bueno... —intervino el marido— Igual nos tiramos la manta al cuello y este año hacemos algo diferente, que yo le estoy dando vueltas a una idea...

—¡Vaya! ¡Y yo sin enterarme! —comentó Suni— ¿Se puede saber de qué se trata?

—Es que... aún no lo tengo claro, por eso no te he dicho nada, cariño...

—Pues a lo mejor si me lo dices, podemos aclararlo entre los dos, ¿no te parece? —le propuso Suni.

—¡Venga, hombre, no te hagas de rogar y suéltalo ya! —le propuso Amelia.

—¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Pues que me gustaría hacer el Camino de Santiago en bicicleta! ¡Ya está!

—¿Y eso qué es? —preguntó Víctor.

—¿Quién es ese señor? ¿Tan bonito es su camino? —preguntó seguidamente Pedrito.

Los otros tres adultos permanecieron callados unos segundos. Nadie se lo esperaba. Finalmente, dijo Pedro:

—La verdad es que es una buena idea. En el trabajo tengo unos compañeros que fueron el año pasado y comentan que es una experiencia interesante. ¡Por cierto, también fueron en bicicleta!

Amelia miró de inmediato a su amiga, se sonrieron como dos cómplices y preguntaron:

—¿Y por qué no vamos todos juntos?

—¡No estaría mal! —contestó Suni guiñándole el ojo a Amelia.

Inmediatamente, comenzaron a organizar el viaje. Irían en la autocaravana, bicicletas incluidas, hasta el lugar donde comienza el Camino de Santiago. Luego, se turnarían en la conducción... Cada día conduciría uno de los cuatro adultos para cargar el equipaje, los sacos de dormir, el avituallamiento que considerasen oportuno y el botiquín. De ese modo, los demás podrían ir muy ligeros en bicicleta, con tan sólo lo indispensable...

—¿Y qué camino hacemos, el aragonés o el francés? —preguntó Pedro.

—Yo propondría el francés, comenzando en Roncesvalles... Así evitamos atravesar los Pirineos —opinó Juan.

—Eso mismo fue lo que hicieron mis compañeros —dijo Pedro.

De pronto, las voces de los chicos se impusieron con cierto nerviosismo:

—¿Pero alguien quiere explicar qué camino es éste?

—¡No entiendo nada!



—¡Eh! Que estamos aquí...

—Como siempre, ellos van a su bola...

Las dos parejas se dieron cuenta de que se habían olvidado de que sus hijos estaban presentes.

Fue Juan el primero en reaccionar y, después de pedirles disculpas, les explicó que había una leyenda en la que se decía que muchos siglos atrás, el siglo nueve en concreto, un ermitaño que se encontraba solo en el bosque descubrió la tumba del apóstol Santiago, uno de los apóstoles de Jesucristo, en el lugar donde en la actualidad está la ciudad de Compostela. Desde entonces, peregrinos de todas partes decidieron ir a visitar el sepulcro, naciendo distintas rutas o caminos. Uno de ellos es el que utilizaban los que venían de Europa, atravesando los Pirineos. A este camino se le llamaba el camino francés.

—¿Y cómo supieron que era el apóstol Santiago? —preguntó Pedrito.

—Este crío no sabe nada... —dijo Eva.

—¡Ya habló la lista! —dijo su hermano— ¡Seguro que tú tampoco tienes ni idea!

—¡Calma! ¡Calma! En la leyenda se dice que un obispo llamado Teodomiro acudió al lugar y, al ver la tumba, confirmó que se trataba del apóstol Santiago. ¿Que cómo lo supieron? Sus descubridores dijeron que fue una revelación divina.

—¡Ya! —exclamó Lucía.

—La noticia se extendió por la Europa medieval y muchos cristianos sintieron curiosidad por conocer la tumba, como os he dicho antes. Los había que iban porque habían hecho una promesa cuando estuvieron enfermos y se curaron, o porque estaban enfermos y pensaban que si hacían el camino, sanarían.

—¿Y qué clase de peregrinos vamos a ser nosotros? —preguntó secamente Eva.

Los cuatro adultos se miraron con sorpresa y comenzaron a contestar como pudieron:

—Bueno... hoy en día, el camino también se hace como “peregrinación cultural”, para conocer las iglesias románicas que se fueron construyendo a lo largo del camino y los monasterios...

—Además, se puede disfrutar de unos paisajes preciosos...

—Para los que nos gusta tanto la bicicleta y el senderismo, también es una especie de reto, ¿sabéis?

—A todo el mundo que ha ido le ha encantado...

—Ya veréis qué experiencia tan bonita...

Los cuatro chicos, bien por curiosidad, bien por vivir una nueva experiencia, comenzaron a ilusionarse. La idea de ir en bicicleta les resultaba atractiva.

—Ahora tendremos que organizarnos muy bien. Hemos de ser conscien-

tes de que el camino es largo —sugirió Amelia.

—Desde luego —contestó Pedro—. Mis compañeros pedalearon más de se-  
tecientos kilómetros.

Al oír las últimas palabras, los cuatro niños soltaron un:

—¿QUÉÉÉ?

Y acto seguido iniciaron sus protestas:

—¿Cómo vamos a hacer tantos kilómetros?

—¡Estáis locos!

—¡Acabaremos hechos papilla!

—¡Ah, no! Yo iré en coche...

Los padres, riendo, les explicaron que se trataba de recorrer el camino poco a poco, aunque tardasen muchos días.

—Tendremos un mes por delante para ir con tranquilidad.

—Y por la noche, dormiremos en albergues para estar más cómodos.



—Pero tendremos que entrenar mucho. A partir de la semana próxima, haremos bicicleta siempre que podamos.

—Tenéis que saber que habrán partes del camino en muy mal estado.

—Pero valdrá la pena.